

aparador mal provisto donde el dueño de la fonda ostentaba su exigua bajilla. En efecto, el tal animal no carecía de chiste, lo que hizo que el Sr. García, al verlo, pensara inmediatamente que podría gustarle á sus niños tener un juguete por el estilo; pues seguramente en aquellos momentos, en medio de las distracciones que nos rodeaban y estando muy lejos de nuestro hogar, consagraba el Sr. García, como padre amoroso, algunos recuerdos á sus tiernos vástagos.

Pero todo pasaba y el tiempo también y no obstante la sopa no llegaba, la impaciencia seguía en creciente y aun algunos comenzaron á retirarse, lo que visto por el dueño lo sacó de su apacible indolencia y entonces dispuso que comenzaran á servirnos algo; pero cuál sería nuestro desaliento cuando vimos que como primer platillo nos servían una revanda de mortadela; nosotros que esperábamos una sopa caliente que tonificara nuestro estómago, no pudimos soportar semejante comida y nos salimos á buscar donde comer mejor y en último caso resueltos á comer de las latas de que nosotros íbamos provistos, pues para comer mortadela, podríamos encontrar en nuestras provisiones cosa mejor.

Al salir encontramos al Dr. Altamirano que con las dos señoritas se dirigía á la fonda; pero tan luego como supo lo que pasaba, se desvió del camino y nos fuimos á la plaza á buscar donde pudieran darnos de comer. Entramos á tres ó cuatro jacales provistos al exterior con letreros de fonda, y aun creo que en uno de ellos decía con no muy buena ortografía: *Restaurant*, pero no obstante no había qué comer, hasta que por fin la suerte nos deparó un figoncillo donde nos ofrecían caldo y otras lindezas por el estilo; no vacilamos, nos metimos de rondón y nos instalamos sobre unos bancos formados por vigas no muy derechas, al rededor de una mesa que le faltaba mucho para ser horizontal. Comimos allí el Dr. Altamirano, las Sritas. María y Josefina, los Sres. Tenorio, Herrera y el que esto escribe; muy sabrosa estuvo la comida y durante toda ella sostuvimos agradable conversación, hasta la una de la tarde que nos levantamos

y nos dirigimos á la estación para disponernos á la marcha. Cuando llegamos ya estaban allí algunos de los caballos, y la mayor parte de los compañeros afanados en preparar sus maletas; poco tiempo se necesitó para que cada cual tomara su caballo y lo arreglara convenientemente.

De Jojutla á San Gabriel.

(A caballo, 24 km., cuatro horas y media de camino.)

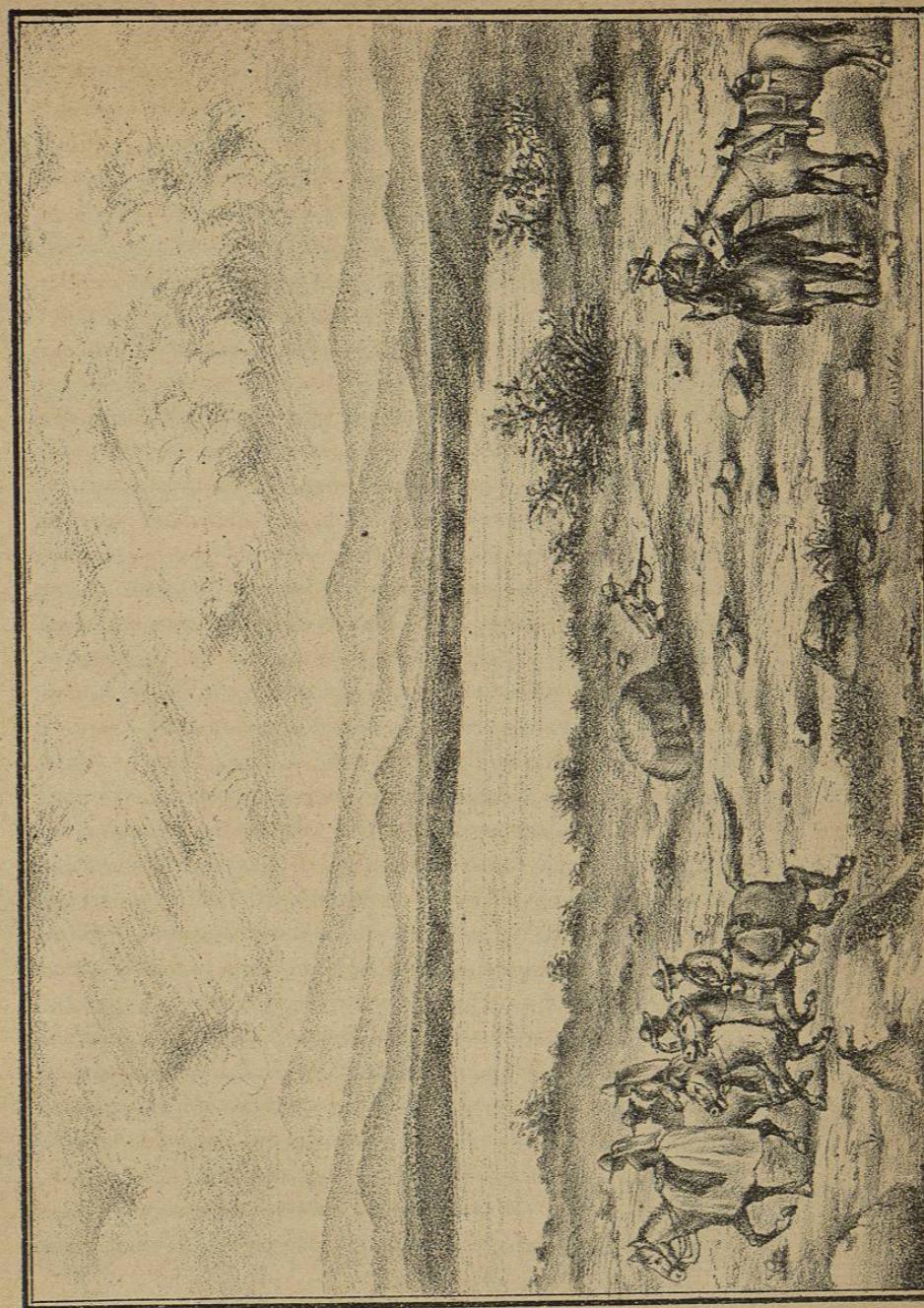
Eran las tres de la tarde cuando todos estábamos montados y dispuestos á partir; dispuso entonces el Dr. Altamirano que todos se formaran y que se pasara lista para saber no sólo si estábamos completos, sino cuántos íbamos por total; á la voz de mando quedaron todos formados. Luego salimos de entre las filas con un libro en la mano y comenzamos á llamar á cada uno por su nombre, respondiéndonos éstos á su vez. Componíamos la caravana todos los excursionistas y mozos que dejamos dicho en otra parte, más cuatro individuos que iban encargados de las bestias; por total 33 caballos y tres mulas de carga. Apenas se escuchó el último *presente* y que nosotros dijimos estamos completos, el Dr. Altamirano dió la orden de marcha.

Con qué alegría emprendimos el camino, todos íbamos risueños y contentos, todos alegres y no faltó alguno que simulando las voces de las cornetas entonara algún toque militar; tuvimos que atravesar algunas de las calles de la población, y como íbamos en tropel y armando gran boruca, la mayor parte de las gentes salían á las puertas de sus casas para vernos pasar y nosotros muy ufanos seguíamos adelante sin preocuparnos por nadie y sintiendo cierta satisfacción cuando creíamos que aquellas gentes adivinaban que íbamos á Cacahuamilpa. Bien pronto dejamos las últimas casas y nos encontramos en el camino que serpenteando por extensos lomeríos conduce á la laguna de Tequesquitongo, punto á donde llegamos después de

dos horas de caminar. En verdad que esta parte del camino no presenta mucha variedad en su aspecto, pues las lomas que atraviesa son bastante áridas y no contienen interés mayor, lo cual contristaba un poco á los naturalistas, pues pudimos observar al Sr. Herrera algo taciturno, quizá por no encontrar las aves que él deseaba; en cambio los demás compañeros fueron distribuyéndose poco á poco en grupos según sus afinidades ó según el brío de sus corceles; en todos comenzó á reinar la más franca y cordial conversación. Cuánto deseábamos en esos momentos tener un caballo regular para poder haber estado con todos; pero desgraciadamente el animalito que montábamos apenas se movía y sólo después de propinarle fuertes azotes sobre sus carnes enflaquecidas, lográbamos con gran trabajo que formara parte del grupo que iba hasta atrás; pero no hay mal que por bien no venga, pues en ese grupo iba el Dr. Altamirano que con su buena memoria nos explicaba el camino, dándonos los nombres de casi todos los cerros que nos rodeaban é indicándonos las direcciones en que quedaban las principales poblaciones del Estado.

Al llegar á la laguna de Tequesquitongo nos llamó mucho la atención el relato que hizo el doctor sobre el origen de su formación; pues según nos decía, en el lugar que ocupan las aguas existía antes un pueblo, el cual fué inundado por el desvío que hicieron sufrir á las corrientes en algunas de las haciendas de caña que se encuentran al Norte de este punto; todavía hace tres años, nos decía el doctor, se asomaban sobre la superficie del agua, en medio del lago, la cruz de la torre de la iglesia, la que fué desapareciendo progresivamente hasta ya no verse nada por el aumento que diariamente tienen las aguas.

Poco tiempo pudimos seguir observando el camino, pues ya el sol se había puesto y el crepúsculo tocaba á su fin. Espléndidos colores de grana y púrpura tenía el horizonte, destacándose sobre él la luna que en su creciente brillaba como de plata, y un poco más arriba Venus, que cual diamante nos enviaba rayos multicolores. Mucho gozamos contemplando aquel espectáculo y observando los cambios sucesivos que tomaban las



LAGUNA DE TEQUESQUITONGO.

coloraciones del cielo, y aun en algunos compañeros causaba verdadero regocijo, sobre todo, en el Sr. García que no podía contener los ímpetus de su corazón siempre entusiasta. Si no hubiera sido por la débil luz de la luna que se hallaba en su cuarto día, difícilmente podríamos haber seguido; poco á poco comenzamos á ver muy lejos tras de unos collados una pequeña lucecita que de tiempo en tiempo se perdía para reaparecer y que según nos dijeron era de Puente de Ixtla. Muy larga se nos hizo la distancia, pues andábamos y más andábamos y la luz siempre la veíamos á la misma distancia y del mismo tamaño. Por fin, después de mucho andar y cuando nuestra luz se perdió tras de una arbolada, comenzamos á oír ladridos de perros; poco después llegábamos á Puente de Ixtla, punto importante, pues es donde se reunen los caminos que de Jojutla y Cuernavaca van á Acapulco; su nombre lo debe á un gran puente donde en otro tiempo se pagaba peaje y que sirve para atravesar uno de los afluentes del Amacusac de los que bajan de las serranías del Norte. La población de Puente de Ixtla apenas llega á tres mil almas y la mayor parte de sus habitantes están dedicados á la agricultura. No nos detuvimos en este punto un sólo momento, sino que seguimos de frente por un buen camino amplio y parejo que después de una hora nos permitió llegar á la hacienda de San Gabriel, punto hasta donde habíamos determinado hacer nuestra primera jornada. Al llegar se adelantó el Dr. Altamirano para hablar con el administrador y suplicarle nos permitiera pasar allí la noche; mientras tanto los demás esperábamos fuera de la puerta que sirve de entrada. Pocos momentos permanecimos allí, pues inmediatamente que supieron qué personas iban formando la comitiva, se nos permitió la entrada; llegamos, pues, á una plaza extensa que más que de hacienda parece ser de pueblo, en la que había vendimias y otros puestos y aun bajo un pequeño portal perteneciente á la finca principal había una rifa de objetos, á la que según pudimos notar había mucha gente rodeada; pero sin tomar parte en la diversión. Nos bajamos de los caballos y procu-

ramos recoger nuestros equipajes para ir en seguida al interior de la casa del administrador, que nos proporcionó dos amplias piezas para que pasáramos la noche, teniendo además la amabilidad de llevar arriba á alojar con su familia á las Sritas. María y Josefina. Una vez instaladas y distribuídas nuestras camas y demás objetos, salimos como en la noche anterior en busca de algo que pudiera satisfacer nuestra necesidad, pues era imposible que á deshoras de la noche y sin haber tenido aviso anterior alguno, las personas de la finca pudieran habernos dado de cenar á los veintiocho excursionistas; así es que con excepción de las señoritas que cenaron con la familia del administrador, todos nosotros salimos á la placita para ver qué era lo que nos encontrábamos. Excuso era lo que había, pero que tomado entre risas y agradable plática nos supo muy bien: unos vasos de leche con pan no muy de lo mejor habíamos tomado, y ya nos retirábamos satisfechos, cuando al pasar por una vendimia oímos una voz que nos decía: aquí hay tamales, señor, aquí hay atole, acérquese vd.; volvimos la cara y vimos que la persona que nos llamaba era nada menos el Dr. Villada, que rodeado de sus tres chiquillos saboreaba una buena taza de atole, mientras sus tiernos retoños comían tamales hasta por los ojos. No pudimos sufrir la tentación y también tomamos atole que por cierto lo encontramos muy sabroso. Así, pues, muy satisfechos, mucho más que la noche anterior, nos dirigimos á nuestra habitación con las mejores intenciones de dormir; pero ¡oh desdicha! no hicimos más que entrar al corredor que se hallaba iluminado con luz eléctrica, cuando lo primero que se presentó á nuestra vista corriendo sobre el pavimento, fué un enorme arácnido que buscaba donde esconderse; ante aquel animal no pudo menos de soltar una exclamación de horror el Sr. Toussaint, que desde que entró en tierra caliente no pensaba sino en los alacranes y sus efectos. Quiso perseguirlo pero no le dió alcance al animal que metiéndose por entre las hendeduras del enlosado se dirigía con rapidez bajo una mesa junto á la que estaba sentado el Sr. Giovenzzana, preparando las pieles de las

aves que se habían colectado en el camino. Cuando el Dr. Toussaint vió que el animal aquel se dirigía al lugar donde estaba el Sr. Giovenzzana, le decía muy apurado que se quitara, que lo iba á picar una araña, y se pintaba en el rostro del buen doctor la angustia que sentía creyendo que su compañero iba á ser víctima de aquel animal; pero aquel señor, naturalista flemático, le contestaba sin preocuparse ni dejar de preparar sus pieles, mitad en italiano, mitad en español, demostrando que no había cuidado, que no tenía miedo. Bastó el encuentro de aquel animal para que el Dr. Toussaint y otros muchos de los compañeros se pusieran en guardia y no dejaran ni un momento de escudriñar con ávidas miradas los pisos y paredes, creyendo ver á cada momento y en cada una de las manchitas de la pared á un enemigo terrible; desgraciadamente el lugar donde esto pasaba estaba como dijimos antes alumbrado por una lámpara eléctrica de incandescencia, cuya luz como se sabe atrae en su derredor á gran número de animales, de suerte que no bien habíamos visto la araña, cuando otro compañero con voz desarreglada por la emoción anunciaba á una enorme cucaracha, y poco á poco fuimos descubriendo tanto animal, que al fin decidimos dejar aquel lugar, aunque á la verdad hasta entonces la mayor parte eran inofensivos y entre ellos no habíamos visto ningún alacrán. Ya nos retirábamos cuando otro hallazgo nos detuvo algunos momentos: era una araña de grandes patas color gris y que corría con suma agilidad. Iban á matarla los compañeros cuando se presentó el Sr. Herrera, que separando al grupo con los brazos, suplicaba dejaran la vida á aquel animal. ¿Qué era lo que motivaba aquellos sentimientos de conmiseración en el joven naturalista, colector furibundo, que en lugar de hundir á la araña en su enorme frasco de alcohol, le perdonaba no sólo la vida, sino que suplicaba se la perdonaran? No estuvimos mucho tiempo con la curiosidad, pues como muchos insistían en matar el animal, el joven Herrera nos dijo: esta es una araña estrella, que en lugar de perjudicar al hombre es uno de los animales que lo beneficia, pues tiene la propiedad de alimentarse

con alacranes, los que come con verdadera voracidad, y no sólo la debemos respetar, sino que debería procurarse su propagación en todos aquellos lugares que como Durango y otros están infestados de alacranes.

Muy bien, dijo el Dr. Govantes, respetamos al animalito; pero fijense vdes. en que está muy gorda, lo cual prueba que ha comido mucho, es decir, que hay muchos alacranes; no dejó aquella observación de producir su efecto en los compañeros que con caras semi-afligidas aprobaron en todas sus partes el raciocinio que entre risas y veras nos presentaba el doctor.

Por fin, todos se retiraron, algunos con la conciencia de que iban á pasar la noche en vela vigilando á los alacranes. Nosotros permanecemos un momento con el Sr. Giovenzzana, admirando la agilidad y maestría con que preparaba sus aves, nada más se veían moverse sus manos con método y precisión, y en pocos momentos dejaba una piel lista, sin haber lastimado el plumaje ni cometido la menor imperfección; en pocos momentos había sobre la mesa magníficos ejemplares de garrapateros, tordos, verdugos y otros; por fin, á las diez de la noche nos despedimos del Sr. Giovenzzana para retirarnos á nuestra pieza creyendo encontrar á todos dormidos; pero no fué así, pues el cuadro que se presentó á nuestra vista no podía ser más digno de descripción: todos los compañeros agolpados á un rincón con cerillos y velas en la mano alumbrando un hermoso ejemplar de alacrán que con la cola retorcida y el aguijón listo para picar, estaba en acecho del primero que se le acercara; mucho tiempo estuvimos contemplando al animalito, hasta que uno de nosotros se resolvió á pulverizarlo de un zapatazo, y todavía después, no obstante que veíamos la mancha que había dejado en la pared, lo buscábamos por el suelo con temor de que se nos hubiera escapado. Aquel encuentro nos puso después en movimiento, pues todos transportaron sus catres de campaña al centro de la pieza y hubo alguno que rodeara con mecates las patas del suyo para estar á salvo de que por ellas se le subiera algún animalejo, y por último algunos de los compañeros, no obstante el cansan-

cio, se resolvieron á dormir vestidos y además se envolvieron la cabeza con sus pañuelos. En fin, todos nos dormimos y la noche pasó sin novedad.

Muy temprano nos levantamos á otro día y fuimos á saludar á los compañeros que habían dormido en el otro departamento, encontrándonos con que el Sr. Giovenzzana había dormido en el corredor y no había cenado, así como también supimos que el Dr. Altamirano había tenido algunas dificultades con los arrieros y los de los caballos, que con un egoísmo sin límites no querían hacerse cargo de los caballos que había facilitado el Sr. Espinosa, de Jojutla.

Tan luego como salió el sol fuimos á buscar desayuno y á la verdad que lo encontramos no tan malo, pues una señora que tenía su puesto de café en la plaza nos dió á unos chocolate, á otros café y á otros hojas; después nos fuimos con el Dr. Govantes á visitar las maquinarias que nuevamente han instalado en esta hacienda. Se encuentran éstas en galeras amplias y bien ventiladas, con techo de bóveda y todo alimentado y movido por vapor, con excepción del trapiche propiamente, que está movido por una rueda hidráulica; en pocos momentos pudimos comprender el objeto de todo aquello, pues el Dr. Govantes, como si hubiera sido alguna vez administrador de fincas de azúcar, nos explicaba con precisión el objeto de cada cosa y el uso de cada aparato. Mientras nosotros visitábamos la instalación comenzaron los preparativos de marcha, no sin haber tenido antes ligeros altercados con los arrieros que generalmente quieren hacer su voluntad y en esta ocasión querían cargar á su antojo y sin atender á nuestras indicaciones; pero por fin á las 8^h 17^m de la mañana, después de una cordial despedida por parte de los propietarios y administrador de la hacienda, salimos rumbo al Poniente; al pasar por la plaza se formaron en fila los compañeros y el Dr. Altamirano y nosotros sacamos fotografías de la caravana.